

Calabrese, Alberto (julio 2008). *Alcohol : Un peligro infravalorado*. En: Encrucijadas, no. 44. Universidad de Buenos Aires. Disponible en el Repositorio Digital Institucional de la Universidad de Buenos Aires: <<http://repositorioubu.sisbi.uba.ar>>

Alcohol

Un peligro infravalorado

Si bien las estadísticas reportan a las bebidas alcohólicas como factor principal en muchas más muertes, accidentes, crímenes, etc., que los producidos por las sustancias ilegales, su consumo está cada vez más aceptado socialmente y no se lo ve como una droga peligrosa.

Alberto Calabrese

Licenciado en Sociología. Profesor Titular del Módulo Social y Antropológico, de la “Maestría Interdisciplinaria en la Problemática del Uso Indebido de Drogas” (1er. curso) del Centro de Estudios de Posgrado de la UBA - Dirección de Posgrado de la Facultad de Psicología. Profesor Titular de Geopolítica y Drogas en el 2do. curso de la Maestría antes mencionada. Asesor Institucional de FAT (Fondo de Ayuda Toxicológica, primera ONG del país dedicada al Tratamiento y Prevención de Adicciones). Ex Comisionado General de Prevención y Asistencia (Subsecretario) de la SEDRONAR (Secretaría de Prevención de la Drogadicción y Lucha contra el Narcotráfico, Presidencia de la Nación). Ex Presidente del Fondo de Ayuda Toxicológica.

Sin duda, mucho se ha escrito sobre el alcohol, pero mucho más sobre todos los otros tipos de sustancias psicoactivas (drogas), en función de que en los últimos tiempos éstas se han potenciado como figuras productoras (obviamente desde el prejuicio) casi excluyentes del daño social.

En ese sentido, la mirada sobre el alcohol no es referencial, aun cuando su impacto sociosanitario es sensiblemente mayor. No nos basta saber cifras tan significativas como que las muertes debidas a problemas derivados en forma directa o indirecta sobre su consumo reportaron en los EE.UU., para el 2005, aproximadamente unas 800.000 anuales contra ¡16.000! muertes debidas a las denominadas “drogas peligrosas”. Sin embargo, el acento de alerta está puesto en ellas y no en el alcohol, que tiene una incidencia en toda una serie de secuelas, incluyendo las del orden criminalístico (que son las de mayor relevancia para el imaginario colectivo) y las de accidentología de todo orden, especialmente las ligadas a las causales de muerte por accidentes de tránsito [1].

Más bebedores

Ahora bien, el aumento generalizado del consumo de alcohol se produce en todo el mundo, no escapando nuestro país a esa sensible tendencia internacional. De una noticia aparecida en el diario La Nación del 29/7/2007 se significa que los consumidores argentinos aumentaron sus compras de alcohol durante el último año, el acumulado del año a mayo 2007 la variación positiva del consumo fue del 15% respecto de igual período del año 2006 y que asimismo en el último bimestre abril / mayo 2007 el consumo de bebidas creció el 12,5% con respecto al año anterior en igual semestre (Consultora Nielsen).

Las causas por las que esto sucede son múltiples: en primer lugar no olvidemos que el alcohol tiene una raigambre cultural muy fuerte; en efecto, la inmensa mayoría de los

países, salvo aquellos que se encuentran regidos por la ley islámica, tienen –amén de fuertes consumos– bebidas emblemáticas, asociaciones festivo-culturales con gran consumo alcohólico o antiguos rituales modernizados e incluso globalizados, donde el consumo de alcohol se convierte en lo sustantivo de la fiesta (por caso, la fiesta de Saint Patrick, sin antecedentes en la Argentina más que para la colectividad irlandesa, hoy convertida en un megaevento de producción cervecera). El mundo globalizado produce también transmutaciones culturales, donde se producen estos canjes, quedando un común denominador asociado obviamente al consumo. No olvidemos que el patrón cultural de la hora es el hiperconsumo y es imposible pensar en una adicción legal o ilegal, no asociada al mismo, como propuesta y conducta de identificación, variando según nivel de ingreso, la relación precio/producto.

En segundo lugar, tendencias como el empobrecimiento de amplios sectores de una población, seguidos de la secuela inevitable de desazón y falta de soporte institucional, quedando librada la misma a un incierto camino individual, se da como consecuencia el aumento sensible de la ingesta alcohólica, reafirmando una vez más su papel de “quitapenas” y naturalmente provocando secuelas tan serias como el caso destacado y monitoreado por organismos internacionales de los países que sucedieron a la antigua URSS, donde al incremento sensible lo sucedió un alza de igual tipo de enfermedades ligadas con el alcoholismo, así como un descenso significativo de la expectativa de vida.

En tercer lugar, las nuevas actitudes modales que significan una mayor cantidad de jóvenes con una suerte de “liberación” respecto del hecho de tomar bebidas, con dos vertientes; una la de la cerveza como bebida no registrada como alcohólica y otra la del aumento de bebidas blancas y en imitación de costumbres surgidas en el continente europeo; la búsqueda de la borrachera como resultado visible de una ingesta desahogada, hecha en estilo safari (cambiar de “boliche” varias veces, con crecientes tragos por vez; “ponerse las pilas” en el sentido de la ingesta previa a la concurrencia al baile, etc.). O sea que, lo que antes podía ser una consecuencia probable o imprevista, hoy casi resulta una condición necesaria o imprescindible. Según datos proporcionados por la Cámara Argentina de Destiladores Licoristas, en los últimos tres años creció más del 30 % el consumo de bebidas blancas. Aunque también ha crecido la venta de otras bebidas con alcohol, las espirituosas lo hicieron de un modo mucho mayor. El vodka, el ron, y el whisky están entre las bebidas con más difusión entre los adolescentes y jóvenes, quienes las utilizan puras o mezcladas con energizantes. Dada la alta graduación de alcohol que tienen los jóvenes, son más vulnerables a sus efectos físicos... [2].

Modalidades de consumo

Esto habla de una revitalización del clásico papel del alcohol en los estratos jóvenes de la población, lo que no obsta para el consumo estable e incluso ascendente (dependiendo de la bebida) en la población adulta de un país.

A esto tenemos que sumar el hecho de que, en una sociedad consumista, existen consumos que son paradójicos; sin duda, el hecho más relevante está constituido por las drogas denominadas peligrosas o prohibidas, que en su doble rol de mercancía, o sea como objeto de uso y cambio, al que se le suma el aporte del “prestigio” asociado a múltiples actores que abusan de ellas sin correlato de castigo alguno (a la inversa de los miles de ignotos, que sí lo tienen) le aumentan su coeficiente de penetración, extendiéndose su utilización independientemente de su inserción social.

Curiosamente, el alcohol debería seguir otro camino, dado que ya tiene su estatus

adquirido, pero he aquí que la situación de prestigio en el alcohol se da por la situación más arriba descrita de apropiarse de él, en función de una suerte de “dominio”, o sea su ingesta sin límites, en definitiva el final desde el principio [3]. No sería menor el impacto de una creciente influencia de propagandas sugestivas ampliando la capacidad de la oferta, frente a una demanda creciente de personas que, ausentes o escasas de una verdadera inserción social, confían en un consumo supletorio, que merced a ese vacío se convierte en un objeto reparador del mismo, potenciando su crecimiento. De todas maneras, la cultura alcohólica no reconoce ninguna barrera en cuanto a condición social, inserción geográfica, estamento etario o cualquier otro tipo de diferenciación, dado que las abarca a todas, incluyendo caracterizaciones parciales (ahora también observables en las grandes urbes), donde se lo asume como algo significativo para la pertenencia cultural.

También estamos visualizando otras particularidades, tales como el cambio de perfil social del consumidor, en el caso del vino, ha hecho que la base antes sustentada con vino común no embotellado en origen haya bajado su consumo en detrimento de la cerveza; en cambio, se ha acrecentado el consumo de vinos finos, pasando entonces el ingreso a mayor consumo, en clases donde no estaba establecido y en base a un mayor conocimiento de todo lo que sería “el mundo del vino”, lo que configura una muestra visible de que aun estando en un país donde la producción vitivinícola es la quinta del mundo, las pautas del consumo interno no escapan a las tendencias habituales, en cuanto a incidencia modal, publicitaria, nuevos perfiles de consumo, sofisticación de un mercado determinado, baja del ingreso al consumo según nivel etario, etc.

Una droga

En suma, desde el punto de vista técnico, el alcohol es una droga, pero con una aceptación total, dada su tradición en la cultura. Tal vez, lo más significativo en los últimos tiempos han sido los ingresos al consumo de bebidas antes limitadas a grupos de determinada tradición alcohólica (por ej.: ron o ginebra) ahora consumido por jóvenes de otros sectores sociales, el cambio de la aceptación alcohólica en función del “fondo blanco” (tomar hasta el final de una sola vez); la semialcoholización con relación a un festejo festivo; los cambios respecto de las percepciones sociales negativas en relación con la alcoholización completa (borrachera); el sostén para afrontar la angustia a través del alcohol, en situaciones de pérdida social o desinserción acentuada (desarraigo, inmigración o migración forzosa, diversas formas de marginación social, etc.). Por otra parte, no solamente es constitutivo (o sea establece pautas, ritualizaciones y costumbres alrededor de su uso), sino que también es sustitutivo, en cuanto a que no hay sustancia que se consuma en el mercado, en el orden adictivo, que tarde o temprano no sea complementada o sustituida por el consumo del alcohol; del que por otra parte y por múltiples causas ajenas al criterio de este artículo, constituye una de las formas de adicción más difíciles de desactivar y que como contraparte, tienen mucho menos mirada protectora por parte de los sistemas de salud en todo el país, al punto de que existe un solo servicio en el país dedicado a esta problemática (en el orden municipal en la ciudad de Córdoba), lo que muestra a las claras que no solamente estamos frente a una falta de respuesta sistemática, sino que en la misma vemos la ausencia de una conciencia en el país acerca de esta verdadera traza de vulnerabilidad social. Curiosamente, se hace un verdadero esfuerzo (aunque con criterios disímiles) con todas las demás sustancias, tal como se ha dicho, lo que no guarda ningún correlato entre la magnitud e importancia de una y otras. Indudablemente, el alcohol es tan funcional e intersticial como lo es la grasa a un organismo. Forma parte de su estructura, pero en exceso la afecta. Desafortunadamente, no tenemos una mirada sobre el mismo, aunque su relevancia amerita una preocupación y una acción preventivo-educativa que hoy no hacemos. Tomar

conciencia de su grado de importancia, en cuanto a su abuso no es un dato menor y sí en cambio significa una nueva forma de conciencia sobre uno de los emergentes sociales de mayor impacto, aunque persistentemente soslayado.